

Que quien gobierna se debe  
Al Estado y no a sí mismo,  
Y padre de sus vasallos  
Es antes que de sus hijos.

Si anhelas que mensajero  
Nuestro se ponga en camino  
Para hacer al rey patentes  
Tus depravados designios,

Dígale de nuestra parte  
Que sin vacilar, su oído,  
Ante el deber y el decoro,  
Cierre a la voz del cariño;

Y a tus propuestas responda  
Cual cumple a un monarca digno,  
A tu deslealtad infame  
Aparejando el castigo.»

No bien los príncipes callan  
Cuando trémulo, cenizo  
De ira el semblante, hace el viejo  
Fatal seña a los esbirros.

Los jóvenes que comprenden  
Su mandato, con ahinco  
Le dicen al par:—Costumbre  
En estos pueblos ha sido

Armas dar al prisionero  
De noble estirpe a quien signo  
Aciago a morir arrastra,  
Para que muera con brillo.

Danos *miquahuitl* y escudo,  
De la lid señala el sitio,  
Y allí, por medio de sogas  
En el terreno un pie fijo,

Nos hallarán tus guerreros,  
Siempre en lucha igual vencidos,  
Si es que desnudo les pone  
Ver al contrario con grillos.»

Sin que el señor les responda,  
Se alzan dos mazas de encino  
Dellos detrás, y en la nuca  
Descárganles de improvisó.

Vinieron los dos al suelo  
Privados ya de sentido,  
Y por narices y boca  
De sangre arrojando ríos.

La plebe feroz aplaude  
El asesinato inicuo,  
Y un haz horrible formando  
Con los cadáveres cinco;

Haz de tronchadas espigas  
Que anunciaban fruto opimo  
En ciencia, valor, ingenio  
Para su nación perdidos,

Sobre la estera lo pone  
Y en desorden inaudito,  
Cargándola, del palacio  
Invade a poco el recinto.

A otro día con el alba  
Arribó, cual hemos visto,  
Matlalcihuátzin a Chalco  
Llevando joyas consigo,

A negociar el rescate  
De los jóvenes, movido  
Su corazón del deseo  
De inflamar en amor vivo

Al rey, haciendo patentes  
Con caracteres prolijos  
Su adhesión acrisolada  
Y su generoso brío.

Y, no bien puso en la orilla,  
De la sandalia ceñido

El pie breve, y de su rostro,  
Gracioso cuanto expresivo,

Quiere ocultar con el manto  
De más candor que el armiño  
A los curiosos que pasan  
El incomparable hechizo;

Cuando la cercan y obligan,  
Más descorteses que finos,  
A que descubra el intento  
Que a la ciudad la ha traído.

—Quiero hablar a Toteótzin,  
En dulce tono les dijo;  
Mas, receloso el tirano,  
Tras el júbilo maligno

Que hallar pudo en la venganza,  
Previó con certero instinto  
Sus resultados, y el pecho  
Abrió al temor del castigo.

Y en el templo fué a encerrarse  
Donde turba de adivinos,  
Al viento la cabellera,  
El cuerpo en almagre tinto,

De codornices y liebres  
Ofrecen, conforme al rito,

La cabeza y las entrañas  
De Huitzilopóchtli al ídolo.

Allí durante dos días  
Presencia los sacrificios,  
Repite las abluciones  
Y ayuno guarda continuo.

Inquiere si de la guerra  
El dios le será propicio,  
Y el *topilzin* le responde  
En términos harto ambiguos.—

En tanto Matlalcihuáztin,  
No sin inquietud su espíritu,  
En vasta alcoba decente  
Donde le dieron asilo,

Comparte las horas largas  
Entre el sueño y el fastidio,  
De hablar al viejo aguardando  
El momento apetecido;

Sin que a las varias preguntas  
Que a los domésticos hizo,  
De príncipes y señores  
Saber queriendo el destino,

Otra respuesta hayan dado  
Que hacerla entender por signos

Que a los esclavos cual ellos  
Está el silencio prescrito.

Cuando en la noche salía  
Con ánimo más tranquilo  
Del templo el señor de Chalco,  
Las gentes que a su servicio

Están, de que ilustre joven  
Desde Texcuco ha venido  
Por hablarle y que le aguarda,  
Llévanle oportuno aviso.

Sospecha el tirano al punto  
Que sabedor su vecino  
De que cayeron en manos  
De los chalqueños, sus hijos,

Proposiciones le envía;  
Y, con su odio engreído  
Y entero crédito dando  
A los falsos vaticinios

Que en hacerle no anduvieron  
Sus cortesanos remisos;  
Queriendo que su venganza  
Conozcan sus enemigos,

Y a rechazar sus ataques  
Estando resuelto él mismo,  
Manda que alumbren y adornen  
Con inusitado aliño

La sala donde embajadas  
Diversas ha recibido,  
Y a su presencia conduzcan  
Allí a la joven. Activos

Los servidores hicieron  
Lo que el tirano les dijo;  
Y, al abrirse el ancha puerta,  
Con aspecto peregrino,

Hasta las gradas del trono  
Que paños alfombran ricos,  
Llega la gentil princesa,  
Serenos el semblante lindo.

La frente inclina tres veces,  
Pone en el suelo un cestillo  
Con joyas, preciadas telas,  
Plumas, copal exquisito;

Y en grato acento que iguala  
De un ave en la selva el trino,  
—Señor, exclama, habéis presos  
Séres que me son queridos.

Nobles de virtud dechado  
Al gran Moctezuma adictos,  
Vástagos de real extirpe  
Que todavía son niños

Y de Acolhuacán a un tiempo  
La esperanza y el hechizo,  
Cazando en los vastos montes  
A vuestro Estado contiguos,

En traidora red cayeron  
Como animales dañinos,  
Con mengua de vuestra fama  
Que es de los buenos ludibrio.

Os traigo aquestos presentes  
Por su libertad que os pido;  
Y así en la paz y en la guerra  
De favores infinitos

El cielo os colme si agora  
Mostráis corazón benigno,  
Con mi gratitud ganando  
La de tres reyes que han sido

De Chalco azote, y su apoyo  
Serán de hoy más y su abrigo.  
—¿Quién eres tú? con voz débil  
Pregunta el viejo enfermizo.

—Hija de TotoquiHuáztin,  
Y a quien próspero destino  
Lleva de Nezahualcóyotl  
Al trono de alto prestigio.

—Alzad las joyas, princesa,  
Decid a vuestros caudillos  
Que sus ofertas desprecio,  
Que su poder desafío.

Merced al instante os hago  
De los prisioneros cinco,  
Bien que de su nuevo empleo  
Cumpliendo estén los oficios.

De recobrar Moctezuma,  
Vuestro orgulloso padrino,  
A sus nobles, va a deberos  
El singular beneficio;

Y en cuanto a los de Texcuco  
De extirpe real nacidos,  
Tendréis en ellos, princesa,  
De vuestra boda testigos.

Cargad con ellos si os place.  
—¿En dónde están?—Aquí mismo.  
Y con mano temblorosa  
Señala el déspota impío

Sus cadáveres salados  
Hilera formando, fijos  
Contra el muro, y en la diestra  
Teniendo rajas de pino

Encendidas, con que alumbran  
Sus propios semblantes lívidos,  
Las descompuestas facciones,  
Los ojos como de vidrio.

Matlalcihuáztin de pena  
Sintió cortante cuchillo  
Creyendo que se han prestado  
A tan odioso capricho.

Se acerca para afearlos  
Su proceder imprevisto,  
Y al verles desfigurados  
Lanza de terror un grito;

Y, de la verdad horrenda  
Ante el insondable abismo,  
Estremécese y vacila  
Dudando de sus sentidos.

La voz del tirano infame  
Sacóla de su extravío.  
—Cargad con ellos, repite;  
Mas la princesa, al oírlo,